

## Antología médico-literaria

### El doctor Pedro Recio de Tirteafuera\*

Miguel de Cervantes Saavedra\*\*

[...] llevaron a Sancho Panza a un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías y salieron cuatro pajes a darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad.

Cesó la música, sentóse Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose a su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante echó la bendición y un paje puso un babador randado a Sancho; otro que hacía el oficio de maestra sala llegó un plato de fruta delante, pero apenas hubo comido un bocado, cuando, el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestra sala le llegó otro de otro manjar. Iba a probarle Sancho, pero, antes que llegase a él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso y, mirando a todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de maestra sala. A lo cual respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasíadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasíadamente caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—Desa manera, aquel plato de perdices que están allí asadas y, a mi parecer, bien sazonadas no me harán algún daño.

A lo que el médico respondió:

—Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué? —dijo Sancho.

Y el médico respondió:

—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: «Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima». Quiere decir: ‘Toda hartazgo es mala, pero la de las perdices malísima’.

—Si eso es así —dijo Sancho—, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél sin que me le apalee; porque por vida del gobernador, y así Dios me le deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuestra merced tiene razón, señor gobernador —respondió el médico—, y, así, es mi parecer que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo. De aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué.

Y Sancho dijo:

—Aquel platonazo que está más adelante vahando me parece que es olla podrida, que, por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—¡Absit! —dijo el médico—. Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allí las ollas podridas para los canónigos o para los retores de colegios o para las bodas labradorecas, y déjenos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es porque siempre y a doquiera y de quienquiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden a la digestión.

\* *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Segunda parte (1615), capítulo XLVII [reproducido a partir de la versión electrónica del Instituto Cervantes (1998), dirigida por Francisco Rico].

\*\* Miguel de Cervantes Saavedra (Alcalá de Henares, 1547-Madrid, 1616), escritor español conocido por los sobrenombres de «el Príncipe de los Ingenios» y «el Manco de Lepanto». La experiencia acumulada en su ajetreada y azarosa vida (hijo de cirujano, estudiante en Alcalá, Sevilla y Madrid, soldado en Italia y Lepanto, cinco años cautivo por los berberiscos en Argel, preso en Sevilla, etc.) le sirvió para escribir, casi en la vejez, la práctica totalidad de su obra literaria. Cultivó con notable acierto la poesía y el teatro, pero su genio literario destaca principalmente en sus mejores *Novelas ejemplares* y en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (cuya primera parte dio a la imprenta a los 57 años de edad). Cervantes es para muchos la mayor figura literaria de España y el máximo novelista de la literatura universal.

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado. A lo que él respondió:

—Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna.

A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera:

—Pues, señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quitéme luego delante: si no, voto al sol que tome

un garrote y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a personas divinas. Y vuelvo a decir que se me vaya Pedro Recio de aquí: si no, tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio a Dios en matar a un mal médico, verdugo de la república. Y denme de comer o, si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas.

Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle [...].

### «Somos alcohólicos anónimos»

Emilio Bernal Labrada

Academia Norteamericana de la Lengua Española. Nueva York (EE. UU.)

Miren, yo lo siento mucho si ustedes son alcohólicos anónimos, pero eso no es asunto mío. Si a ustedes les gusta beber, pues muy bien. ¿Pero por qué tienen que anunciárselo a gritos a los demás? ¿No se trata de un asunto particular?

No lo he inventado, amigos. Así lo dice un anuncio que suponemos corresponde a la categoría de *servicio público*, difundido por las ondas hertzianas de la cada vez más hispana televisión norteamericana en los últimos días. Créase o no, el aviso completo reza así: «Somos alcohólicos anónimos... y estamos aquí para ayudarle». Bueno, no estoy muy seguro de querer ayuda de un alcohólico, por muy anónimo que sea. Además, tampoco estoy muy seguro de dónde se encuentra ese «aquí» al que se refieren. Si lo localizo, por cierto, me voy a fijar muy bien dónde es para estar seguro de evitarlo, no sea que me tropiece con el sitio por error.

Otra cosa es que no sé qué clase de *ayuda* es la que ofrecen. ¿Será acaso que me quieren facilitar bebidas anónimamente, a fin de que nadie se entere de que podría tomarme un par de copitas de más? (No se preocupen, que, aunque ustedes lo estén pensando, la palabra *emborracharme* no saldrá de mis labios.) Si es así, pues bueno, tendría posibilidades, ya que de tal modo nadie se escandalizaría.

En todo caso, creo que sería preferible pedirle ayuda a uno que *no sea* alcohólico —anónimo es lo de menos—. Aunque, pensándolo bien, preferiría que no fuera anónimo, pues quisiera poder identificarlo por su nombre para afianzar relaciones; pudiera ser un buen abastecedor. O sea, mis condiciones: primero, que no sea alcohólico, aunque conviene que sea bebedor, pero con moderación (nada mejor para un buen convivio que quien sepa manejarse un par de copas sin sufrir ningún efecto exagerado); y segundo: que se identifique con nombre y apellido, para poderlo localizar en caso de urgencia.

Pero en serio, amigos, creo que la entidad, que hace una obra muy loable, es digna de un anuncio de servicio público un poco menos irrisorio. Me gustaría favorecerles con un texto que fuese más conducente a lograr el propósito que supuestamente se proponen.

Sé que no me van a hacer el menor caso, puesto que en instituciones como la que nos ocupa nadie habla como se debe el español. Si no, nunca saldrían al aire avisos como el que acabo de comentar. Lo que hay es gente cuyo idioma materno es el inglés, agencias publicitarias que formulan el anuncio en inglés («We're Alcoholics Anonymous, and we're here to help you»), y *traductores* que lo transliteran al *espanglés*, pensando que no es preciso hacer una versión castellana del concepto, sino que basta con trasladar las palabras de un idioma a otro. Es así como sacan textos como este, que merece un sitio de honor en la lista de los mensajes publicitarios más peregrinos del pasado milenio... y del presente.

Pero, por si acaso, vamos a darles a estos señores, sin ningún anonimato y —eso sí— a título absolutamente gratuito, una sencilla solución: «Para controlarse con la bebida, cuente con el apoyo de Alcohólicos Anónimos». Ahora, con su permiso, me voy a tomar una copa para olvidar las penas.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).